

contemplador que suelta los grilletes de la servidumbre del egoísmo, ley de bronce de las relaciones conscientes meramente fenoménicas.

De ahí que la pureza del estado estético está en razón directa *a)* de la aptitud del sujeto para desprenderse del servicio del egoísmo, *b)* de la vida con que el objeto, en vez de representar un fenómeno, representa la Idea esencial. Por ello, cuanto emancipa al sujeto del egoísmo, libertándolo de la servidumbre del deseo de las cosas finitas y útiles, viene a redundar en una proyección de valor estético sobre las cosas, que las redime de la trivialidad en el orden de la belleza con que pasan indiferentes ante la mirada vulgar; y, recíprocamente, todo objeto que representa con pureza no la cosa individual, sino la Idea, o rompe, o cuando menos afloja, los grilletes con que el deseo tiene esclavizado al sujeto.

Ateniéndonos al primer factor, o sea a la aptitud del sujeto para desprenderse del servicio del egoísmo, de la servidumbre del deseo de cosas finitas y útiles, es indudable que hay sujetos en quienes esta aptitud es nativa: son los hombres en quienes el conocimiento guarda desproporción por exceso con la voluntad individuada, aun siendo ésta grande; aquellos en quienes hay un excedente de conocimiento sobre el que la voluntad individuada, aun vigorosa, puede utilizar: es el genio.

Pero en reciprocidad al hecho de que el hombre genial no siempre actúa como genial, la inmensa mayoría de los hombres, cuya facultad cognoscitiva está cortada a la medida, o viene corta respecto de su voluntad individuada, puede también a trechos desprender su co-

